
Las relaciones sino-sudamericanas en el marco de China como nuevo actor global

Néstor Nicolás Sandoval y Pablo Agustín Mastragostino ⁶⁸

En la antigüedad era bien conocida la frase de “Todos los caminos conducen a Roma”. Hoy podemos decir con fundamentos, que “Todos los caminos conducen a Beijing”. Así como antiguamente la Ciudad Imperial había desarrollado una red de caminos y rutas amplísima, que conectaba la inmensidad de lo que fue el Imperio Romano a medida que este iba conquistando pueblos tras sus fronteras, el actual proyecto de la Ruta de la Seda (One Belt, One Road) que fue presentado por el presidente de la República Popular, China Xi Jinping, en 2013 en su visita a Kazajstán también va en esa línea. Es que esta iniciativa, la cual es considerada el proyecto de infraestructura más ambicioso de la historia (Higuera, 2015), con un costo más de 1 trillón de dólares (CSIS, 2018), busca conectar no solo por tierra sino también por mar los continentes de Asia, África y Europa a través del financiamiento y desarrollo de Rutas, Ferrocarriles, Puertos (Incluso puertos secos), Vías Transoceánicas y Gaseoductos.

Este megaproyecto reafirma las tesis de Mackinder y Mahan de la conquista tanto de la “Isla Mundial” como la conquista de las olas, lo que provoca mucho temor en aquellos países (Principalmente los Estados Unidos a nivel de actor global, como a la India a nivel de hegemonía regional) que ven a China como un actor que busca rediseñar el mapa y el orden internacional a través de este megaproyecto. Otras voces, que surgen esencialmente del gobierno chino (Müller-Markus, 2016), buscan apaciguar estas tesis geopolíticas para afirmar que el proyecto de la Ruta de la Seda tiene como objetivo el desarrollo económico tanto de china como impulsor del proyecto, como de aquellos países que se ven atravesados por el mismo (Hoy atraviesa a más de 60 países entre los tres continentes). A su vez para apaciguar estas tesis, China se encargó de enmarcar el proyecto One Belt, One Road dentro de sus “Cinco Principios de Coexistencia Pacífica” que son, (1) el respeto mutuo a la soberanía e integridad territorial; (2) acuerdo mutuo de no agresión; (3) acuerdo mutuo de no intervención en los asuntos internos; (4) igualdad y el beneficio mutuo; (5) coexistencia pacífica (Müller-Markus, 2016).

De lo anterior dicho, uno se podría preguntar qué papel cumple Sudamérica en todo este megaproyecto o también preguntarse, qué es lo que ve China, qué le suma Sudamérica, para que sea considerado una extensión más de una disputa geopolítica con Estados Unidos. Desde el momento que el presidente chino anunció el megaproyecto en 2013 hasta la inauguración del Foro One Belt One Road en 2017, Sudamérica no era tenida en cuenta para el megaproyecto. La invitación de China hacia Argentina y Chile a participar del Foro puso de manifiesto que Sudamérica, y en mayor medida el continente americano, es visto por China como un proyecto que conectará no sólo una parte del globo, sino el globo entero. Se suma a esto último, la invitación de China a Latinoamérica de sumarse a la iniciativa en el Foro China-CELAC llevado a cabo este año en Santiago de Chile y que fue incluida en el documento final del foro (La Declaración de Santiago) (Sherwood y Canvero, 2018).

El objetivo chino en Sudamérica respecto de incorporarla a la Ruta de la Seda tiene que ver con la necesidad china de materias primas para su producción. Sudamérica constituye una de sus más grandes reservas, por lo que conectarla vía marítima y terrestre con China - para el transporte de las materias - puede ser visto como una gran oportunidad. Respecto de esto último, proyectos como el IIRSA pueden servir de complemento a la Ruta de la Seda y ser el complemento terrestre en Sudamérica.

Una de las formas de vinculación de China con Sudamérica es a través de la IED, que se destina al desarrollo de las actividades extractivas y de infraestructura de apoyo (Guelar, 2013). Otro de los destinos de las inversiones chinas es el transporte de los bienes que la región exporta a China. Esto estaría llevando a la consolidación de un modelo productivo primario consecuencia de las demandas chinas de estos productos, que han generado la preocupación en el mundo académico y en el mundo de la producción, con especial énfasis en la industrial que, aunque en los últimos años las inversiones chinas han dirigido sus capitales a industrias de alto valor agregado como la tecnológica, de comunicaciones y automotriz,

⁶⁸ Estudiantes avanzados de la Licenciatura en Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Lanús

se ven año a año amenazados, puesto que se estimula la especialización primaria en detrimento de la industria en vez de que sean dos sectores que se complementan (Sevares en Moneta y Cesarin, 2016).

A su vez, China ha desarrollado toda una diplomacia financiera que le ha permitido adentrarse en números organismos regionales de América Latina para inyectar grandes montos de inversión bajo la legitimidad de estos organismos internacionales. Algunos de estos organismos son el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), la Cooperación Andina de Fomento (CAF), entre otros. Por otro lado, la diplomacia china ha impulsado la creación de distintos fondos de inversión para el desarrollo de infraestructura de los países sudamericanos como el “Fondo de cooperación China-ALC”, el “Banco de Fomento Conjunto” en el marco de los BRICS y el “Fondo China-CELAC”.

De los más de 100 mil millones de dólares que China invirtió en Latinoamérica entre el periodo 1990-2012 se destaca que los principales destinos de sus inversiones fueron los países sudamericanos y aquellos en los cuales China se terminó convirtiendo en su principal o segundo socio comercial más grande. Estos países son Brasil con casi el 60% de sus IED, Argentina con el 16% y Perú con el 12%. El porcentaje restante se divide entre los demás países, aunque en los últimos años China ha desembolsado grandes cantidades de flujos de dinero en Venezuela y Chile (Sevares en Moneta y Cesarin, 2016).

Esto no es todo, así como China intenta aprovechar el alejamiento de Estados Unidos respecto del TPP, también intenta aprovechar el cada vez más aislacionismo norteamericano en Sudamérica y disputarle un lugar que desde hace décadas le ha pertenecido a los Estados Unidos.

No obstante, Pekín no tiene intenciones de enfrentar directamente a Washington en sus áreas de influencia, sino que se presenta como un país emergente con iniciativas que son ventajosas para los países que tomen parte y no desafía a los organismos internacionales existentes, sino que los complementa, brindando otras herramientas y alternativas. Esto incluye a la OMC, ya que China no planea construir un nuevo mecanismo rector de la gobernanza del comercio internacional que la sustituya, sino más bien que busca aprovechar los mecanismos bilaterales y multilaterales existentes en desarrollo de la cooperación regional: dentro de estos mecanismos se encuentra la OMC (Rocha Pino, 2017). Esto se enmarca dentro de la diplomacia pública, pero si observamos otros aspectos, como el acelerado aumento del presupuesto militar y la modernización de las fuerzas armadas, nos da indicios de que más allá de las relaciones económicas y de cooperación con los demás países, hay elementos de Realpolitik que datan de una desconfianza sobre el curso del panorama en el Sudeste Asiático en torno a las relaciones entre Corea del Norte y Estados Unidos y Corea del Sur, o la presencia de otras amenazas a sus intereses en otras partes del mundo.

En cuanto a la región, Estados Unidos posee una gran capacidad de acción directa a los países de Sudamérica, que China hasta el momento no posee, aunque hay dos casos en América del Sur que merecen prestar atención debido a las características de sus relaciones: uno es Brasil y el otro es la República Bolivariana de Venezuela.

Brasil, al ser uno de los integrantes de los BRICS, pasó a ser un socio estratégico para China en Sudamérica y China pasó a ser un socio de relevancia para el Brasil. Brasil, figura en América Latina como un líder regional que ha impulsado la integración y la cooperación, y dentro del bloque no ha sido la excepción, sino que es uno de los países más abiertos a la cooperación internacional. Además, en poco tiempo Brasil pasó de ser un país deudor a un país acreedor, invirtiendo en proyectos de infraestructura (Gálvez, 2012).

Venezuela, por su parte, se ha convertido en uno de los socios comerciales más importantes de China en la región. Es un proveedor de petróleo y minerales –coltán y oro-, al igual que un mercado interesante para los productos chinos. Además, China es un socio financiero de primer orden que cubre los costos de infraestructura, además de solventar al gobierno “revolucionario” venezolano, el cual se manifestó en contra del imperialismo estadounidense en el continente. Por lo que este acuerdo posibilita a Venezuela desarrollar una política independiente de Estados Unidos, y China consigue limitar la influencia de Estados Unidos sobre uno de sus principales proveedores de petróleo más próximos. De todas maneras, Venezuela paga sus deudas con petróleo y con condiciones poco ventajosas para el gobierno de Caracas, y algunos proyectos de infraestructura no se terminan de concretar.

La emergencia de China y su potencial para ser un actor global con mayor capacidad de acción e influencia en Sudamérica es un proceso reciente y dinámico que va más allá de los objetivos y estrategias de China, sino que también convergen con un escenario político en una América Latina de transición de

gobiernos de izquierda a gobiernos de derecha, con un Estados Unidos proteccionista y aislado, con una Venezuela que se encuentra en el ojo de la tormenta por las acusaciones de elecciones fraudulentas, y en un contexto de crisis económica que afecta a Brasil y Argentina. La región será trasladada por reacción a la esfera de influencia china si Estados Unidos sigue tomando medidas agresivas a las economías y las poblaciones de América Latina, por lo que su acercamiento con China será una alternativa tentadora en búsqueda de inversiones, financiamiento y nuevos mercados. Dándole de esta manera más poder a China que, hasta el momento, parece aceptar jugar con las reglas de juego establecidas - que conoce muy bien - aunque no sería de sorprender si en el futuro cercano, con la acumulación de poder que está logrando, China comenzara a imponer sus propias reglas de juego al sistema.

Referencias bibliográficas

- Cambero, F., & Sherwood, D. (2018). China invites Latin America to take part in One Belt, One Road. Reuters.
- Cesarin, S. y C. Moneta, (Comps), (2005). China y América Latina nuevos enfoques sobre cooperación y desarrollo: ¿Una segunda ruta de la seda?, Bid-Intal, Argentina.
- Gálvez, L. (2012). China y los países en desarrollo: el caso de América Latina. En Estudios Internacionales N°171. (Ed.) Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, pp. 7-27.
- Guelar, D. (2013). La invasión silenciosa: El desembarco chino en América del Sur. Debate.
- Higuera, G. (2018). China se prepara para su gobernanza global. Política exterior, 32(181), 62-70.
- Müller-Markus, C. (2016). One Belt, One Road: el sueño chino y su impacto sobre Europa. CIDOB Notes Internacionals, (14), 81.
- Rocha Pino, M. de J. (2017) Los proyectos de integración megarregional de China: el caso de la iniciativa Cinturón y Ruta (CYR). En Revista de Derecho Internacional, Vol. XVII, Ene-Dic 2017. UNAM.

Sitios web

China Power Project, CSIS <https://www.csis.org/programs/china-power-project>